



El Signo del Cristiano

El Cristianismo es la obra de Jesús. "El Reino de Dios" anunciado por los profetas y predicado por Jesús. Es la más grande y profunda revolución de la Historia.

Revolución pacífica y por eso nada parecida a lo que ahora se llama revolución.

Fué la más grande transformación de la humanidad.

Para entrar en "El Reino de Dios"

era preciso *renacer*, es decir, *volver a nacer*.

Era, ciertamente, una nueva vida y formaba una humanidad nueva.

El hombre, caído por el pecado original, se hallaba degradado por todos los excesos y por todos los crímenes.

Impotente para rehabilitarse, se entregaba despreocupado o desesperado a todos los halagos de la concupiscencia.

Alguna alma privilegiada, lanzó un aviso aislado e ineficaz de moderación.

El pueblo de Israel, depositario de la revelación, tuvo profetas que hablaron en nombre de Dios y llamaban repetidamente a la penitencia, y prepararon la venida del Mesías.

Jesucristo viene a iluminar al mundo, a encauzarlo y darle fuerzas para el bien.

Viene a redimirlo y a salvarlo.

A darle vida y que tenga vida abundante.

Más aún; le da la vida eterna.

Es la felicidad de la humanidad.

Por eso se anuncia al mundo con transportes de júbilo y se le llama "la buena nueva", el "evangelio".

Se comprende la alegría de las gentes que escuchaban a Jesús.

La alegría, ya de Simeón y de Ana.

Le felicidad de los apóstoles y discípulos, el afán de difundirla por todas partes para hacerles participantes de su dicha.

Y Jesús nace pobre, en un pesebre y como un transeúnte.

Vive en la pobreza, como un obrero modesto, ganándose el pan con el trabajo de sus manos.

Predica luego su ley de amor y muere en la cruz salvando al mundo. Lo salva con la Cruz.

Lo redime con su sacrificio.

Los discípulos de Jesús son la nueva humanidad, la humanidad del amor. Amor por encima de todo.

Hasta el sacrificio.

Por eso su vida es austera, de sacrificio constante.

No asisten, como antes, a los teatros, al circo, a los entretenimientos mundanos.

Se les ve animados de una fuerza extraña, entregarse al trabajo, al socorro de sus hermanos, a la oración.

Y se les ve felices.

Su insignia es la Cruz.

Con la Cruz lo cubren todo de nobleza divina y se sienten elevados hasta Dios.

La Cruz ha sido siempre el signo del cristiano.

Signo de sacrificio, símbolo de la austeridad y penitencia de vida.

Vida de locura incomprensible para los paganos.

Así ha sido siempre.

Parecía que ahora, después de la victoria aplastante lograda por el Caudillo con la gracia de Dios, todos

El Eco de la Cruz

PAX VOBIS

Año XLIII

Zaragoza, 7 de Febrero de 1941

Núm. 950

CON CENSURA ECLESIASTICA

Se publica los primeros y terceros viernes de cada mes

Dirección y Administración: Calle Mayor, 6, 2.º deba.

SALUDO A FRANCO ¡¡ARRIBA ESPAÑA!!

Un ejemplar 2 pts. al año; 10 ejemplares 10 pts.; 100 ejemplares 100 pts.

Cuarta página con original propio, para Parroquias, Asociaciones, etc. Pídanse precios y muestras

Ayuntamiento de Madrid

los buenos se sentirían gozosos de esta España regenerada y cristiana y sentirían la alegría de vivir sin trabas este cristianismo que simboliza la Cruz.

Ley de amor,
ley de sacrificio,
ley de austeridad,
de modestia,
de religiosidad.

Sin embargo ha habido un evidente contagio del paganismo marxista.

Hay cristianos acuciados por el afán de riquezas lo mismo que un infeliz pagano.

Los hay que no perdonan ocasión de gozar y se afanan por concurrir a todos los centros mundanos.

Hay también que sienten envidia de los malos que se enriquecen y emplean en una competencia desatinada, los mismos procedimientos de fraude y robo continuo para enriquecerse, y esto a costa de los demás,

y de sus hermanos—el escándalo de San Pablo—que decía: “¿y esto lo hacéis a los hermanos?”

y explotando la miseria general, y a costa de los más desgraciados, y contra la Patria...

El Signo del Cristiano es la Cruz, y detrás de la Cruz no puede haber más que vida de amor y sacrificio.

TOMÁS.

LA PURIFICACION DE MARIA

Al Templo se acerca la Virgen María.
¿Va a purificarse la Virgen Santísima?

Más pura que el Sol
fué ella concebida;
siempre la más santa;
siempre sin mancilla.

Presenta a su Hijo,
ofrenda divina,
a su Padre eterno,
cual Hostia condigna

que redima al hombre
de culpa maldita,
y le dé la gracia
y la eterna vida.

Ha llegado al Templo
Simeón deprimido,
ansioso, inspirado,
por ver al Mesías.

Ve al divino Niño
atento le mira,
le toma en sus brazos
y así profetiza:

Ahora te llevas,
Señor, cuando digas,
a este tu siervo,
el alma tranquila.

Han visto mis ojos
la salud que envías,
luz de las naciones
que te amen y sigan,

gloria de tu pueblo,
signo que les sirva
de vida o de muerte,
según lo reciban...

Y a ti, triste Madre,
han de llegar días
que como una espada
el dolor te aflija.

Ya ha entrado el cu-
[chillo
en el alma misma;
ya serán la Madre
y el Hijo una Víctima.

MARIANO.

ra y mañana y to los días, qu'eso cuesta poco.

—Piensa que la Cuaresma es tiempo de oración, de penitencia.

—Ya lo pienso y ahora ¿qué quíe usted qui haga?

—Que pienses lo que te digo.

—Ya lo pienso; ¿y qué más?

—Que no seas necio y atiendas.

—Es que el otro día vino Grabiél y m'hicía: “piensa un número”.

—Ya lo he pensau, hicía yo.

—Ahura “piensa otra cosa”, y te mariaba la cabeza pa endevinarlo todo.

—Atiende y deja estar esas tontearías. La Cuaresma es tiempo santo; es tiempo de rezar mucho y bien y de hacer penitencia y vida más santa.

—¿Y aun himos de rezar más?

—Sí, hijo, sí; como todos los años.

Es muy necesaria la oración: primero por nosotros mismos y por nuestros padres, familias, amigos... por la Patria... por las autoridades... hay que pedir mucho a Dios para que todos lo conozcan, le amen y le sirvan... por los desgraciados pecadores...; por la paz, la paz suya, la verdadera paz que sólo la da Dios; hemós de pedir por la Iglesia, por el Papa, por todo el clero... por la reforma de costumbres... por...

—Me paice que no s'ha dejau usted a denguno del mundo; si acaso los infieles y toa ese gente que tanto s'adolece usted, y no los conoce siquiera. ¡Qué tontico es usted de padecer por toa esa gente!

—La oración es el camino del éxito, porque nos abre el corazón de Dios y derrama su gracia, que es la que da la eficacia en todo. Con la oración se consigue todo: la paz, la salud, las cosechas, la tranquilidad y, sobre todo, la gracia, el perdón de los pecados, que nos libra del infierno y nos da derecho al cielo. Por eso decía Jesús: “Pedid y recibiréis; llamad y se os abrirá; buscad y encontraréis”.

—No nos calla otra cosa que rezar y estar asentadicos pa que tomo nos lo trajiese Dios a la mano.

—No hables así, que no te lo consiento. La oración es lo primero, porque nos da la ayuda omnipotente de Dios. Moisés orando en el monte era el que conseguía la victoria, más que los soldados de Israel; y ahora la oración de los buenos es la que logra la gracia necesaria, y Dios envía los medios oportunos y da el éxito. Por eso la Iglesia ordena las oraciones generales y aun colectivas, letanias, rogativas, sobre todo en las grandes tribulaciones o necesidades, porque sólo así se ha de esperar la salvación. Lo que ocurre es que la oración ha de ser verdadera y expresión de una fe viva; y para obtener el perdón de los pecados es preciso el arrepentimiento y la penitencia.

—Siempre he rezau la penitencia en rematar de confesarme. Hay quien t'e-cha mucha penitencia y otros que



TRIBUNAL BARATO

—¡Macario...!

—¡Señor...!

—¡Entra!

—¿Qué manda usted?

—Siéntate. Es menester que pen-

semos en la Santa Cuaresma, que va a comenzar en este mes.

—Está mu bien. Ya pienso ahora mismo, pa que vea V. que l'hago caso y pensaré to lo que usted quiera; ahu-

¡Atención, suscriptores! La Administración de El Eco de la Cruz

Ayuntamiento de Madrid

t'echan poca. Cuando t'echan mucho no güelves más allí, y luego vas al que t'echa menos.

—No debes hacer eso; debes procurar sacar el mayor provecho de la confesión; y si te imponen mucha penitencia, mejor, que mucho más mereemos por nuestros pecados, y así lograremos mayor provecho.

No me refería precisamente a la penitencia sacramental — siempre demasiado suave —, sino a la mortificación que hemos de hacer, llevando una vida de sacrificio, aceptando gustosos el sufrir y hasta procurándolo con una vida sobria y austera, sobre todo en la Cuaresma.

—¿Y usted qué que la gente haga como los santos?

—Claro que sí; son nuestros modelos y nuestros protectores.

—Pues no l'harán a usted caso. No conoce usted a la gente. Ahura la gente nostá por pasasen el día y la noche rezando, qu'eso es mu cansau, como aquel santo que se le pusieron las rodillas como a los gamellos de negras y duras; ni dormir en el suelo; ni pasasen las noches sin dormir, como yo hi leido en las vidas de los santos, que no sé cómo se tenían tiestos; porque eran santos, por eso; porque yo me aduermo aunque sea sentau y aunque sea con el sopillito en la mano; ni se piense usted que se quién arreasen como S. Francisco con cuerdas en la carne hasta sacasen sangre. Yo el primero, pa qué himos de decir otra cosa. Rezar, sí, hasta que mi aduerma, yo no puó resistir como los santos, que me se cierran los ojos y no puó más; pero pegame y haceme sangre... y pasar hambre y comer hierba... qué quíé usted que le diga, no m'hace gozo. Llevala una vela a la Virgen y rezale un Padrenuestro a San Blas y todo eso, bien... pero me gusta dormir en güena cama y buen recau di horas, y me comería bien a gusto un ternasquico, o una güelta e longaniza con un litrico e vino; u quien dice una, dos, es lo mesmo...

—Eres un desdichado. Ya sé lo que te gusta y lo que le gusta a la gente; pero la penitencia es hacer lo que no nos gusta y padecer en expiación de nuestros pecados. Es preciso que los cristianos piensen en que vivimos para conseguir la vida eterna; y la conseguiremos con nuestras virtudes y sacrificios. No son precisas esas penitencias espantosas de los santos, pero bueno es imitarles en lo que se pueda y con el prudente consejo del confesor. Procura moderar la lengua y sufrir en silencio y con alegría lo que te ocurra pensando que Dios lo envía y que lo ve y no deja nada sin recompensa.

Tilín, tilín...

—¿Da usted su promiso?

—Adelante...

—Mu güenos días, señor Mago.

—Buenos días nos dé Dios.

—Semos de Valdetroncho...

—No caigo... ¿Está tu pueblo por cerca de Valdepinocha?

—Cerquica, cerquica; cuasi somos vecinos. Ya sabemos que estuvieron aquí unos de Valdepinocha... y por eso himos venio nusotros.

—Por los nombres... me figuraba... ¿Y qué tal estáis en ese pueblo?

—Pues miusté, como pasalo, lo pasamos bien, pa qué hay que icir otra cosa.

—Me alegro mucho de oírte hablar así.

—Sí, señor; después de to lo qu'himos pasau...

—Ciertamente; después de estos años de guerra espantosa, todo nos debe parecer suave, admirable. Tenemos la paz, que la anhelábamos con toda nuestra alma, y la pedíamos a Dios ya exclusivamente y a cualquier precio. ¡Bendito sea Dios mil veces! Nos ha concedido el Señor una paz definitiva, con una victoria aplastante; gozamos de un orden y una seguridad absoluta. Nadie puede atreverse a perturbar esta paz feliz. Antes de la guerra pensábamos con espanto en el porvenir de estos niños educados — ¡deseducados! — en las escuelas sin Dios y contra Dios; pensábamos en los jóvenes que se incorporaban al mundo del trabajo, arrebatados por el sindicalismo rojo, envenenados por su prensa infame, corrompidos por la pornografía, atizados por la envidia y el odio revolucionario... ¿Qué será el mañana?, decíamos aterrados por una visión infernal. Por desgracia hemos visto que no nos equivocábamos. De repente ha cambiado todo. El Estado es cristiano como nunca lo hemos conocido, la instrucción de los niños y mayores está en manos cristianas y han cobrado ascendiente extraordinario todos los valores espirituales y es respetada la persona sagrada del sacerdote y sobre todo el nombre de Dios; ¡ya no se blasfema! Ahora podemos mirar con alegría el porvenir que será una nueva era religiosa. No hagamos caso, no demos importancia a los defectos que encontramos; es la consecuencia inevitable del cambio tan profundo que estamos realizando. Todo se irá corrigiendo y luego tenemos la seguridad de un orden nuevo brotado y formado por el espíritu cristiano que nos ha conquistado una legión de mártires y de héroes, que siguen con su tutela celestial para hacer fecunda la paz...

—Nusotros himos sido siempre de drechas.

—¡Qué hermosa es la paz cristiana!, ¿verdad? Ahora se respira. Habéis de aprovechar mucho el tiempo y ser muy buenos.

—Nos ha gustau mucho el trabajar; los que no les gusta el trabajar son

to la pilleria que quién hacen ricos con lo de otri. Nusotros, trebajar toa la vida.

—¿Y vais a misa?

—Siempre; no me dejo un intierro, ni denguna fiesta; y lo mesmo con to las fiestas qui hacen por la Patria.

—¿Y los demás días, los domingos?

—No lo tienes por costumbre, pero no haces mal a naide.

—¿Guardáis las fiestas?

—Sí, señor; en mi casa himos guardau siempre las fiestas. Si acaso ibas a trebajar por la mañana, pero a comer a casa y a guardar la fiesta por la tarde.

—¿Y qué hacéis por la tarde?

—Pues el domingo, a pasalo lo mejor que puedes. Te vas al café a charrar con los amigos u haces una merienda y te echas cuatro tragos y hasta utro domingo. La gente joven, ya se sabe, al baile a divirtisen lo que pueden, como himos hecho los demás.

—Sois unos desgraciados. Habéis tenido afán de trabajar y respeto a la propiedad y al orden, y os llamáis de derechas. Respeto a todos menos a Dios, que es Padre nuestro y Dueño de todas las cosas. No habéis respetado su Nombre Santísimo, ni su día, el día del Señor. Habéis vivido en el olvido y el desprecio absoluto de Dios, como si Dios no existiera o, lo que es peor, en ultraje continuo sin hacer caso de sus leyes, de sus repescantes ni de sus avisos y amenazas, sin apetecer el cielo que promete ni preocuparos del infierno. ¡Y os llamáis cristianos! Dios tenía que castigar por fuerza semejante crimen. Teniais una religión de nombre, de rutina; una religión que ignorabais en absoluto y que no amabais, ni cumpliais. Así ha sido el derrumbamiento espiritual de tantos pueblos y de las costumbres.

Después de todo lo que hemos pasado, ¿aún no veis hasta dónde puede llegar el hombre sin religión? ¿Aún no veis la hermosura de la Religión? ¿No sentís gratitud a Dios por tanta bondad? ¿Y no tenéis alegría, alegría inmensa de ser cristianos?

¡Hijos míos, no seáis ingratos a Dios! No seáis ciegos; cumplid fielmente y con afán todos sus preceptos; id a misa, gozad de estar en la iglesia, de hablar con Dios, de cantarle, de alabarle; emplead santamente el día del Señor, no en comilonas y embriagueces que deshonoran al cristiano... vivid esta vida nueva de religión que nos ha traído la victoria.

—Eso mismo nos dice el Mosen de nuestros pueblo, pero como no l'has hecho nunca...

—Hay que empezar, hay que cambiar.

—¡Güeno, güeno! L'habremos di hacer.

EL MAGO.

se ha trasladado a la calle Mayor núm. 6, segundo derecha

Ayuntamiento de Madrid

UNA MIRADA A LA TIERRA

UN CAPULLO

Vimos en la última mirada algo de las maravillas estupendas del crecimiento que observamos en todos los seres vivientes sin excepción alguna, lo mismo en los vegetales que en los animales y en el hombre.

Vamos hoy a fijar otro momento nuestra atención en un aspecto interesantísimo del crecimiento, que parece otro nuevo alarde de técnica podríamos decir, de habilidad y de poder.

Cojamos un capullo de una rosa, de un crisantemo, es lo mismo. Parece un botón, un guisante, es como tantas cosas vegetales, una pequeña bola apretada y dura; lo rompemos con cuidado y vemos prensadas, plegadas y arrugadas las menudas hojillas de la flor; allí no cabe nada más. Sin embargo, va penetrando la savia en aquel barullo de hojas que parecen estrujarse y va empujando por dentro y asoma el fino terciopelo de los pétalos y va engrosando hasta que aparece la flor primorosamente terminada, limpia y tersa, de hermosura insuperable.

Ahí tenéis la bellísima rosa completa o el precioso crisantemo. ¿Quién diría—si no lo viéramos—de dónde ha salido y cómo se ha formado?

Parece como si de intento se hiciera sin cuidado y de cualquier manera.

Así es todo.

Mirad la leol, la humilde verza. Hemos visto formarse en el tallo, entre las hojas el pequeño grumo. Poco a poco va creciendo y apretándose hasta ponerse las hojas exteriores finas y tirantes cubriendo el conjunto duro y compacto. Cuando la cortamos vemos todo el centro repleto de hojas blancas y amarillas, en un desorden como si en una bolsa hubiéramos ido metiendo las hojas y apretándolas con un palo.

Así observamos que brotan las hojitas finas y sedosas de la yema que revienta.

El hombre no procede, no puede hacerlo así. Cuando vemos que una florista—que parece que tiene en sus dedos el instinto de la gracia y de lo bello—va a hacer una flor, escoge cuidadosamente los materiales, la tela, los colores, los instrumentos...; recorta con el mayor esmero las hojas, las tiñe, las moldea, dándole las curvas delicadas, y luego las fija al tallo de alambre hábilmente. Si una hoja se mancha es desechada; si se arruga hay que moldearla nuevamente para darle la tersura que parece no haberla tocado nadie; el más pequeño contratiempo ocasiona una contrariedad, a veces destempla-

da; las aprendizas, las personas extrañas a ese arte carecen de las maneras hábiles de tratar esas cosas bellas y delicadas.

¿Cómo supondríamos un taller en que se hicieran los capullos y las flores apretadas en desorden en el interior de un botón?

Pero, además, el proceso de crecimiento sigue en un aumento incesante de complejidad inverosímil.

No podríamos comprender el crecimiento. Si al menos, fuera el desarrollo dimensional, y en todas sus proporciones, del plan inicial y definitivo...

El arquitecto que suponíamos que iría construyendo una caseta elemental la iría agrandando, en el absurdo plan, y tendríamos poco después una caseta mayor, pero de los mismos elementos; una caseta grande. Si a medida que aumentaba iba complicando el proyecto, añadiendo nuevos compartimentos, pisos, dependencias, en incesante aumento y variación... nos encontraríamos de nuevo con un loco que variaba con el tamaño creciente los planos del edificio.

Eso es precisamente lo que observamos en los seres vivos. Comienza el desarrollo inicial del germen y asoman los primeros rudimentos de la planta, pero no sólo aumenta en volumen, cambia la naturaleza del vegetal, que era tierno y se hace duro o leñoso, adquiere corteza, cambia el color, brotan ramas en diversas direcciones, aparecen multitud de hojas, nacen las lindas flores y luego se forman los ricos frutos.

¿Cuánto aparato, qué crecimiento tan enorme e incesante; cuántos órganos y funciones nuevas y complejismas!

Y sin embargo esto no ha sido logrado como un supremo esfuerzo, como obra cumbre y única. Son millones y millones de millones, de todas formas, tipos y clases; en todos los climas y en todos los tiempos. Es el modo de ser, el procedimiento de todos los vivientes, incomprensible, pero de una facilidad y seguridad absoluta.

Vamos a terminar nuestra observación con otra particularidad que nos muestra el crecimiento aun más incomprensible.

Una de las preocupaciones principales del constructor de una casa es la duración de los materiales. El constructor—sobre todo el propietario—querría que los materiales fuesen eternos; quiere tener una casa sólida y en la que halle las comodidades de la vida, pero ante todo, la seguridad. Cuando al poco tiempo ve que se sueltan las baldosas o

Precios de suscripción de "El Eco de la Cruz" que regirán desde 1.º de enero de 1941

1 ejemplar	2 ptas.
2 "	3 "
3 "	4 "
4 "	5 "
5 "	6 "
10 "	10 "
100 "	100 "
500 "	400 "
1000 "	800 "

Ecos del Sagrario

El que quiera seguirme... dijiste.

¿Cómo, el que quiera...?

¿Lo dejas al arbitrio, al capricho de cada uno?

¿A dónde iremos sino a donde Tú vayas?

¡Tú eres la Vida!

Tú eres la felicidad.

Pon las condiciones que quieras.

A todo trance contigo.

Como tu Madre Santísima, hasta la Cruz.

Como tus apóstoles, hasta la muerte.

Como tus santos, hasta todos los momentos de la vida.

En Ti han sentido el atractivo integral y definitivo de su alma.

Dame que sienta cada vez más ese atractivo divino;

el atractivo de la virtud,

del sacrificio,

de la vida mortificada,

de la abnegación,

de la humildad,

del deber,

de tu Cruz.

J. ADELAC.

se desmorona el cemento, se cree engañado; no está dispuesto a reparaciones frecuentes, que le ocasionan gastos y muchas molestias.

¿Qué pensaríamos si el constructor, una vez terminada la casa empezase a sustituir todos los ladrillos, desde los cimientos, por otros iguales o diferentes, y todas las piedras, tejas, maderas, hierros, vigas una por una, y así en una sustitución interminable?

Eso es también lo que ocurre con los vivientes. Terminado el edificio orgánico, una parte siquiera de él, se comienza la sustitución y renovación de todo.

Estaba bien, pero la vida renueva sin cesar todos los elementos del viviente. Podemos decir que después de algún tiempo todo el organismo ha cambiado. Lo que no ha cambiado es el viviente.

¿Qué asombroso es todo, cualquier cosa donde detengamos la mirada! ¿Qué conjunto de maravillas, de sabiduría y de poder!

JUAN DE LA CRUZ

T. E. "EL NOTICIERO" — COSO, 79 — ZARAGOZA

Para las Parroquias, Circulos, Patronatos, Colegios, Fábricas, es "El Eco de la Cruz" un periódico de propaganda social y religiosa sana, popular.

Ayuntamiento de Madrid